

LIBROS

Tecnología
y revolución
en la S-F

Por lo general, el escritor de S-F parece concentrarse más en sus obsesiones particulares que el cultivador de otros géneros. Esto es normal, si se considera que debe narrar una realidad hipotética, y basarse en su propia imaginación —esto es, en su propia imagen subjetiva— para desarrollar, a partir de ella, un mundo. Utopías y antiutopías, narraciones de corte épico o, por el contrario, líricas y estremecidas, admiraciones sin límites por el mundo de la ciencia y de la técnica, o bien rechazo horrorizado de éstas; tales opuestos, y muchos más, pueden darse en el amplísimo campo de la ciencia-ficción, dependiendo tan sólo del punto de vista del autor.

Por lo general, la ciencia-ficción europea es muy diferente, tanto en sus planteamientos ideológicos como en los formales, de su hermana mayor americana: hay una mayor desconfianza ante el avance tecnológico, que los americanos suelen considerar como panacea de todos los males —incluso el propio William Burroughs, sarcástico denunciante del sinsentido del modo de vida americano, siente un profundo respeto por la tecnología—, y muchas veces una denuncia formal a los modos estatales totalitarios, vista y pensada desde dentro. Se sigue en Europa la tradición de Geor-

ge Orwell en "1984", o del Huxley de "Un mundo feliz". El polaco Stanislaw Lem —quizá el mejor escritor europeo del género— emplea la sátira acerada a lo Swift, que a veces le conduce a excesos pre-surrealistas, y el inglés Jim G. Ballard analiza la realidad —su realidad subjetiva— con recursos estéticos dignos de la más abstrusa vanguardia experimental.

Dentro de la línea antiutópica orwelliana, encontramos al novelista alemán Herbert W. Franke, cuyo "Ypsilon Minus" acaba de ser publicado por la Editorial Bruguera en su colección Nova. Franke es especialista en computadoras y un estudioso de la estética cibernética. Es lógico, pues, que las computadoras y el campo de la informática sean una de sus obsesiones mayores, y que se refleje en su obra. Nacido, además, en 1927 y en Viena, debió pillarle el horror nazi en plena juventud; ahora, vive y enseña estética cibernética en la Universidad de Munich, en una Alemania dotada de un fuerte aparato estatal, que sólo se diferencia formalmente del III Reich. Lógico, pues, que el "Estado fuerte" sea la segunda de sus obsesiones. Si unimos las dos obsesiones tendremos rápidamente los elementos de la novela de Franke: la descripción de un Estado totalitario disfrazado de "sociedad libre" y regido por computadoras que tratan de eliminar cualquier factor de azar o de espontaneidad creativa. El hombre es sometido desde su nacimiento a un cúmulo de condicionamientos, que emplean desde las técnicas más refinadas de la propaganda hasta el empleo de

drogas continuas, mezcladas incluso con los alimentos y con el agua potable; así se convierte en ciudadano ideal, incapaz de reaccionar espontáneamente, y sometido a una maquinaria estatal casi perfecta.

Franke no cae, sin embargo, en el pesimismo absoluto que embarga a Orwell, a Huxley e incluso al propio Lem. Franke cree en la revolución; el protagonista de su novela es un técnico en computadoras que se rebela. Y la novela concluye con una hermosa moraleja: el rebelde no destruye las máquinas, no pone bombas ni se lanza a acción violenta y descabellada alguna. Utiliza su conocimiento del mecanismo que mantiene en funcionamiento a esa sociedad computerizada, para poner al alcance de todos los hombres —principalmente de los jóvenes aún en formación, aún no condicionados— el conocimiento secreto de los puntos débiles de las máquinas, que debería permanecer en el misterio para resultar así efectivo. El héroe muere, pero su obra ha sido fructífera. ■ E. HARO IBARS.

Los médicos
y la Medicina
como institución

Pocos profesionales ponen su eficacia como médicos por encima de sus intereses de clase privilegiada, tal vez porque en el fondo no pueden considerar su estatus como tal puesto que dudan de su eficacia individual y colectiva para resolver interrogantes nuevos.

En nombre de este grupo de médicos ha decidido hablar pú-

blicamente, quizá por primera vez, uno de ellos: Gérard Merat, internista de un barrio marginal de París, quien cuenta en un libro (1) todo tipo de historias de su experiencia profesional, analizando las diversas facetas de la Medicina como institución de una manera nada usual entre sus colegas. Nada escapa a la crítica (constructiva) de Merat, quien comienza por poner en su lugar lo que considera el mito mayor entre los muchos mitos de que se rodea la profesión médica: el de la Vocación. Admitir la existencia de la vocación es, en su opinión, comparar a la Medicina con la religión y al cuerpo médico con el clero. Para esta primera desmitificación, Merat recurre al sencillo método de contar las razones por las que él mismo y algunos de sus compañeros llegaron a la decisión de estudiar Medicina, claramente parecidas a las que llevan a cualquier muchacho a elegir cualquier carrera.

Tal vez el problema que más preocupe a este médico, que ha osado desafiar a sus colegas con una publicación que va a provocar muchos escozores, es la estrategia utilizada por la institución médica para conseguir mantener una estratificación profesional que garantice a una minoría de patriarcas, especialistas, clínicos y analistas, obtener unos niveles altos de ingresos a costa de un abuso encubierto del paciente, al que se rebota de unos a otros sin consideración de la tremenda sangría económica que este proceso supone. Esta estrategia pasa, en opinión de Merat, por un enfoque peculiar de la enseñanza al

(1) Gérard Merat: "Confidencias de un médico". Ed. Saltés. Madrid, 1978.

